

**LA HISTORIA PERDIDA DE LA LÍNEA
NO ONE WOULD SEE THEM CROSS**

SANTIAGO VAQUERA VÁSQUEZ

LA HISTORIA PERDIDA DE LA LÍNEA

“...in the emptiness of deserts you are always surrounded by lost history”

Michael Ondaatje

AHORA PUEDO CONTAR LA HISTORIA DEL HOMBRE CON LA CARA DESTRUIDA.

Eran los años de presagios: tormentas que devastaban ciudades, olas de calor que desbordaban los pronósticos, terremotos que devoraban regiones, muertes masivas de aves y de peces. Los cambios climáticos producían tormentas catastróficas. Salió un video de unos camiones de carga volando por el aire, aventados por un tornado. Veintitrés miembros de una secta religiosa se inmolaron una mañana del solsticio en un templo maya en la selva de Chiapas. Tres meses después quince personas más de un culto tomaron agua mezclado con cianuro y se fueron a dormir al lado del Bósforo. Un hombre en Badajoz asesinó a casi cincuenta personas que disfrutaban de una tarde en el casco antiguo de Estremoz. Millones de personas protestaron contra sus gobiernos. Hubo un colapso económico al nivel mundial.

Presagios. Malos Agüeros.

Y aquí desde la línea, lo miraba todo. Todos estos augurios que avecinaban el final.

Ya no me importaba.

No me interesaban estas señales del final: lo único que esperaba era un mensaje, una indicación, un intento de contacto. Esperaba frente a la computadora y no recibía nada. En el buzón de mi correo electrónico tenía el último mensaje que recibí de Leah.

Cada tarde me hundía más en la espera hasta que oí el golpe seco en el patio y descubrí el cuerpo tirado en el pasto.

Alguno preguntará: ¿dónde estuviste cuando se terminó el mundo? Pero la pregunta mejor es: ¿dónde estuviste cuándo empezó el final? Y pocos podrían contestar.

Yo, por ejemplo, no podría. No tendría una respuesta concreta.

¿Dónde, cuándo, empezó todo esto? Cada transformación tiene un principio pequeño, pensé. Mientras cuidaba del cuerpo del Profeta en la sala de mi casa, me propuse a contarle la historia de la caída. O la historia como lo entendía yo.

Buscaba mi manera para entender dónde empezó mi propia caída.

Leah guardaba un cuaderno con notas sobre el final. Salvaba notas del periódico que luego pondría en su diario que siempre cargaba.

Para una mujer que mantiene un blog y que pasa la mayor parte del día en la red, me sorprende que portas una libreta con notas de los diarios. Le dije una vez mientras tomábamos café y ella ajuntaba cuidadosamente sus apuntes.

Me dio una mirada que me decía que nunca entendería nada.

El cuaderno se quedó atrás. Por un tiempo lo tenía en mi escritorio donde lo abría de vez en cuando.

Había reportes de luces extrañas en los cielos. Algunos juraban ver ángeles, otros veían la aparición de la Virgen. En el Cairo hubo noticias de luces celestiales que se posaban encima de una iglesia cóptica. En la ciudad de México, una fuga de agua en el centro histórico dejó una mancha que muchos afirmaron se parecía a la Virgen de Guadalupe.

Aparecían profetas por todas partes. Algunos se anunciaban como el Mesías. Hubo uno en Tijuana que después de estar encarcelado por muchos años regresó a su

barrio y empezó a pronosticar cosas raras y hablar en parábolas. Otro, en Ciudad Juárez, soñó que era rey y respaldado por un mariachi que veía como su guardián se dispuso a empezar una guerra de narcos en un intento de controlar esa plaza. En Nicosia un viejo predicador caminaba por el muro que dividía la ciudad y clamaba que la ciudad y el país se volviera a unir. En la isla de Patmos llegó un cantante que se declaró profeta al pasar por la cueva del Apocalipsis y se puso a escribir cartas dirigidas a políticos, religiosos y celebridades.

Entre todo este grupo de profetas que creían saber el destino del mundo apareció el Profeta. Nadie sabía su nombre y algunos le llamaban el Brujo, el Maestro, G —porque alguno creían oír decir que se llamaba Gamaliel—, o más comúnmente, el Profeta.

Todos estos nombres eran verdaderos. Todos demostraban aspectos de este hombre que cruzó el desierto a pie y que contestaba al nombre de Gamaliel.

Pero me estoy adelantando. Todo esto lo supe después de que Leah le entrevistó para su blog y antes de que ella desapareció en el otro lado y empecé a pasar las noches en Skype en espera de algún mensaje de ella.

Los santos aparecen en momentos de crisis, me dijo una tarde mi amigo Javier mientras tomábamos cervezas en una taquería en Mexicali. Me acuerdo de esto, como me acuerdo de demasiado, porque a pocos momentos entró Leah.

Después de tres días caminando por mi casa con las ventanas cerradas acomodé una silla al lado del profeta inconsciente. No sabía si me podía escuchar. Tampoco me importaba tanto. Lo tenía allí conmigo.

Me acerqué a la oreja del Profeta y le dije: Para mí, el cambio empezó con una partida. Obvio, imaginaba que me contestaba Leah, toda historia empieza con una partida. Es el tropo común a la búsqueda. Luke Skywalker sale a buscar su destino y se encuentra con su padre. Tom Cruise baila en sus calzones y se encuentra con la Scientología. Obvio.

Luego dije: Fue una cruzada. La historia de mi cambio empezó cuando mis padres cruzaron la línea ilegalmente.

Nadie los vio cruzar. Por lo menos así me lo imaginaba. Habrán salido de Mexicali por el este, hacia los ejidos y los antiguos campos de algodón. Allá por donde hay ahora maquilas y la garita nueva. Cruzarán por una parte donde el cerco que dividía los dos países estaba un poco tumbado. Brincarán el cerco y correrán a los campos de cebolla y alfalfa para luego caminar hacia el centro de Calexico.

Pero no fue así.

Cruzaron en un coche prestado. Al llegar a la garita le dijeron al guardián que iban de paseo a El Centro, que mi jefa, con siete meses de embarazo, tenía antojo de helado. El guardián ni se fijó en ellos, pensó quizá que eran otra pareja que sólo quería pasar un rato en el otro lado. Ni les inspeccionó el carro y les dejó cruzar. Así de fácil. De Calexico subieron al norte por la carretera 111. Si no fuera porque partieron de día, antes de llegar a Brawley mi jefe habría hecho su típico chiste de tomar el atajo que conocía. En realidad no era, la calle a que se refería se conocía en la zona como una calle maldita donde si uno se encontraba a la medianoche se encontraría con una pasajera diabólica sentada en el asiento trasero del carro. Esa historia nos aterrizzaba y cada vez que pasábamos por allí con mis jefes cerrábamos los ojos para evitar mirar si de repente nos encontráramos con una pasajera extra.

Al pasar Brawley siguieron hacia el norte y entraron al desierto. A unas pocas millas les tocó la segunda parada de la migra, allí le explicaron al agente de la patrulla

fronteriza que iban para Indio a una fiesta de unos tíos. De nuevo el agente no se procuró en inspeccionar el carro y mandó a la pareja en su camino. Cruzaron el desierto y antes de llegar a Indio pararon a cargar gasolina. Luego siguieron más al norte. Mi jefa quería un lugar lejos de la línea, pero no tan lejos que les sería difícil regresar.

Paré de hablarle al Profeta allí. No le conté de por qué se tuvieron que ir de Mexicali. No le conté de cómo mi mamá no quiso voltear la cabeza cuando cruzaron la línea y pasaron a California para empezar una vida nueva.

Una tarde cuando estábamos sentados en el porche, le conté a Leah porque se fueron mis padres de México. Le dije: mis jefes abandonaron México y mi jefa se quedó siempre mirando hacia delante. Sólo cuando estaban en el desierto cerca del Salton Sea miró a su alrededor. Se quedó encandilada ante el calor, la vastedad y la soledad, la arena y el horizonte vacío. En la distancia se divisaba una cinta azul, el mar salado del Salton Sea. Pararon para cargar gasolina y mi mamá salió del carro para buscar la sombra de una palmera. Las palabras de mi abuela, su suegra, le resonaban en la cabeza.

Váyanse. Váyanse lejos.

Una de las hermanas de mi papá, su hermana mayor, no quería a mi madre. Hizo muchos intentos de separar a mis padres y cuando mi jefa se embarazó metió mucho esfuerzo en que abortara. Mi abuela protegió a mi madre todo lo que pudo hasta que finalmente le dijo a mi padre que tenía que dejar Mexicali. Le dijo que se fuera al norte con mi madre, que tal vez allá del otro lado de la línea la maldad de su hermana no podría tocarlos. Se decía entra la familia que esta tía trataba con fuerzas ocultas y ya se empezaba a notar hasta dónde llegaría con su guerra contra mi madre.

Váyanse. Váyanse lejos. Le dijo mi abuela a mi jefa. Y procura no mirar hacia atrás. Nunca vuelvas la mirada.

Sentada debajo de la palmera mi jefa miró en dirección a Mexicali y vio una nube grande de arena. El viento empezó a subir con la temperatura y miró como se les acercaba una tormenta de arena. Mi jefe vio lo que venía y se fue corriendo hacia mi jefa. No hubo tiempo para entrar a la gasolinera para escapar la nube de arena. Mi jefe abrazó a mi madre y los dos se agacharon a la tierra.

Mi jefa luego me contó que en algún momento abrió los ojos y miró a su lado. Espió como una niña de blanco salió de la gasolinera y caminó hacia ellos sin que le molestara el viento y la arena. La niña miró en la dirección hacia Mexicali y alzó los brazos. Mi mamá cerró los ojos y sintió como empezó a disminuir la velocidad del viento. Cuando pudo ver de nuevo, notó que la niña ya no estaba y el cielo había regresado a azul.

Leah miró al cielo y me dijo: Conozco ese viento. Tiene varios nombres, en Canarias le dicen Calima, el viento que viene del Sahara y que carga arena por el mar hasta las islas. A veces lleva también plagas de saltamontes. Cuando llega la tormenta a la costa los Canarios tienen que encerrarse en sus casas y cuidar que todas las ventanas y contraventanas estén cerradas. En Iraq le llaman Shamal. En Egipto, Simoom. En Arizona usan un nombre árabe para ese viento, Haboob. Hay varios nombres para esos vientos, los que cargan tierra y arena. Causan mucho daño. También hay otros vientos que no cargan polvo pero que puedan traer enfermedades, como el viento Diablo en la bahía de San Francisco, el viento Mistral en el sur de Francia, o la Zonda en Argentina.

En el desierto del Altar vi uno de esos vientos, tenía la forma de una mano gigante que arrastraba la tierra y la aventaba hacia el cielo. Ese viento quería ocultar algo. Me miró fijamente y luego se metió a la casa.

Dejé la habitación donde tenía el Profeta y salí al porche para sentarme un rato. Atardecía. Pronto empezarán las cruzadas. Aunque ya no había tantos como en años pasados, ya sabía por dónde saldrían y en qué dirección irían. Norte. Siempre norte. Algunos incluso no volverán sus miradas hacia atrás.

Vendrán por entre los campos de cultivo guiados por algún coyote que les esconderá de la migra. Algunos, los más aventados irán hacia el centro de Calexico. Había varias redes de información en el otro lado, ya se sabía por cuál vecindario entrar, en cuál patio de casa podrán ocultarse. Intentarán esquivar la migra que les perseguirá en ese juego de gato y ratón que compone la dinámica de la línea.

Mi madre tuvo que dejar la línea, pero ella supo, como nosotros sus hijos, que la línea nunca se puede abandonar. Aunque nacimos lejos, la cargábamos dentro de nosotros. La gente que la cruzaba de noche también la cargaban. La llevaban con ellos hacia el norte, a las empacadoras de carne en los pueblos agrícolas de Indiana, a las obras de construcción en las ciudades de la costa del este, a los huertos y los campos de California y Washington. La línea se iba con ellos: era el tatuaje invisible que marcaba su caída.

La noche que todo cambió fue cuando oí un golpe seco en el patio. Esperaba en Skype y pensé que no era nada más que otro grupo que usaba mi patio como punto de escape. Cuando me di cuenta de que no iba a recibir la llamada que esperaba, decidí ir a la cocina y mirar por la ventana. En el atardecer vi el cuerpo tumbado en el pasto. Salí y me fui hacia él para meterlo en la casa. Estaba sangrando de la cabeza y vi que estaba golpeado. Se me ocurrió que podría ser no alguien quien cruzaba para trabajar sino uno que se escapaba de un cartel o una pandilla. Le limpié la cara y allí fue que descubrí a quién tenía en mi casa.

Una tarde mientras hablábamos por Skype, Leah me preguntó: ¿Qué pasó con tu tía?

Murió cuando tenía cinco años, contesté.

Era la noche que nació mi segunda hermana. Cuando mi mamá estaba en el hospital con los dolores de parto, empezaron a anunciar por el sistema de emergencia pública que una tormenta fuerte se aproximaba. Se pronosticaban vientos destructivos y posibles apagones. Una enfermera que salió afuera contó ver una nube masiva y negra que venía desde la sierra a una velocidad inverosímil. En el momento que nació mi hermana la tormenta se disipó tan rápida como se formó.

En Mexicali la tía empezó a escupir agua y ahogarse. Luego vomitó arena y murió allí en la cama. En su habitación en la otra parte de la casa mi abuela murió poco después.

Con la muerte de la tía pudimos volver a Mexicali y a la línea. Y hasta que tenía dieciséis años pasaba todos los veranos en Mexicali. No me molestaba el calor. Disfrutaba de pasar mis veranos con mis primos y aunque algunos de los chicos de la colonia no paraban de burlarse de mi español tan pocho, tan marcado por el inglés, no dejé de hacer amigos. Lo pasaba bien, la verdad. Fue cuando empecé a trabajar en el norte que dejé de ir a Mexicali, y por muchos años mis ausencias de la línea se alargaban. No fue hasta que te conocí que regresé para quedarme.

Ella me miró desde la pantalla, luego bajó la cara y me dijo que se tenía que ir.

Así podía ser. Cariñosa a veces pero cuando intentaba decirle que me gustaba mucho se separaba. Esquivaba mi mirada. Nunca supe qué hacer con eso.

Quizá allí fue el principio de mi final. Allí fue el verdadero comienzo de mi caída: mi regreso a la línea y la llegada de Leah.

Cuando me preguntaban, siempre decía que volví a Mexicali porque se casaba una prima. Aunque tenía un trabajo en la biblioteca pública de mi pueblo, no me daban muchas ganas de pasar el verano detrás de niños que coloreaban en los libros o adultos que me pedían libros que no sabían ni el título ni el autor pero que sabían que la tapa era gris. Cuando una señora mayor me acusó de haber escondido el internet en las computadoras, decidí pedir mis vacaciones e irme a la línea. Tenía una casa que había heredado de un tío en Calexico y desde que murió nadie lo había usado.

Llegué una semana antes de la boda y al tercer día después de hacer la ronda de visitar a mis tíos y pasear de teibol en teibol con mis primos, llamé a un amigo que conocía de la universidad, Javier.

Nos encontramos una tarde en Mi Taco Tote cerca de la línea. Vimos pasar un señor que se parecía a Jesús Malverde. Vendía una tilma con una imagen desteñida de la Virgen de Guadalupe. Parecía que en cualquier momento desaparecería por completo la imagen y la tilma quedaría con una mancha misteriosa. Javier lo contempló un momento y luego comentó que los santos aparecían en los momentos inesperados.

Poco después entró Leah. Sería una mentira decir que no me afectó su entrada. Ya se me había pasado esa etapa tonta donde me enamoraba con cada chica que conocía, pero cuando la vi entrar, con la luz de afuera que le daba un resplandor, pensé en esa escena de la película *Ciencia loca* cuando Kelly LeBrock aparece frente a los dos nerds.

Ah mira, dijo Javier, ya llegó nuestra cronista de los fantasmas de la línea.

Después de conocernos, ella me explicó que tenía un blog que se llamaba La historia perdida de la línea. Aunque implicaba toda la línea fronteriza, en verdad sólo se enfocaba en Mexicali. Le interesaban las historias y los mitos de Mexicali y escribía sobre ellos en su página.

Aquí en esta zona estamos siempre rodeados de historias perdidas y olvidadas, me dijo mientras señalaba a un hombre parado frente a un pedestal.

Allí iban a construir una estatua a Juan Soldado, pero la iglesia se opuso. Nunca se puso la figura del santo, pero por allí pasan muchos que quieren cruzar por aquí y le piden ayuda para que no sean encontrados por la migra.

Esa tarde mientras esperamos cruzar la línea me pidió que le contara alguna historia de fantasmas.

Le empecé a contar la historia de la calle maldita en Brawley.

Oldie, me cortó. Oldie. Esa historia ya me la sé. La puse en el blog hace siglos. Me cai que no me serás útil como informante. Así que te voy a tener que buscar otro uso.

Cuando nos acercamos al guardián ella pasó primero y noté como se le cambiaba la voz. Era más seria, casi neutral, casi como robot.

Le pregunté por qué le habló así.

Just the facts, me contestó. Cuando estoy frente a ellos, sólo les diré hechos. Como el sargento Friday. No hay que darles más leña. ¿Para qué contarles mi vida? ¿Qué les importa?

No pude hacer otra cosa que enamorarme de esa mujer rara.

En el poco tiempo que pasamos juntos nunca pude conocer mucho de su historia. Sólo unos datos que me dijo Javier y otros que me ella me dio. Originalmente de Iowa, se vino a California en la secundaria. Nadie supo decirme por qué se mudó. Tampoco se sabía cómo llegó a Calexico. Especulaciones había muchas. En unas versiones, llegó a Calexico porque se casó (o tenía un novio) de aquí y cuando ella lo

dejó (murió el marido, el novio se mató en un accidente), ella se quedó. En otras, el novio (o el marido) era abusivo y se vino a la línea para esconderse. Algunos opinaban que estaba bajo la protección de un capo que no quería que se fuera. Otros que había sido testigo de un crimen y que el gobierno le puso en un programa de Witness Protection, le cambiaron de identidad y le mandaron a vivir a la línea. Especulaciones.

Una vez cuando le intenté preguntar por qué se vino a Calexico me contestó: Todos los que llegamos a la línea ocultamos algo.

¿Y tú? ¿Por qué volviste a la línea? Me preguntó.

Regresé porque se casaba una prima. Era mi típica respuesta. Noté que no estaba satisfecha, pero sabía que no iba a decir más. Acordamos mantener nuestros secretos.

Fue Leah quien me señaló al Profeta. Caminábamos de las dulcerías que estaban en la calle Juan Aldama cuando ella se paró en la esquina del parque. Mi vista estaba en los mariachis, pero la de ella estaba en un grupo de hombres sentados cerca del quiosco. Había un hombre alto parado en medio de ellos. Nos acercamos un poco, pero no entramos al círculo.

El Profeta no decía nada. Estaba parado mirando hacia el cielo. Llevaba barba mal cortada y estaba quemado por el sol. Parecía que había salido del desierto, la ropa la tenía sucia y manchada. Todos los de su círculo se le quedaban mirando, esperaba que dijera algo. Bajó la mirada y me miró directamente.

Luego empezó a hablar. Casi no lo podíamos oír. Pero la voz me recordaba a agua que pasaba por piedras, de un riachuelo en el desierto, del sonido de un pequeño arroyo que se perdía. Había un hombre a su lado que escribía todo lo que contaba.

Dijo algo así de que la línea estaba para cruzarla. Que sueño con un jardín que no tenía cerco. Que la cena, cuan miserable fuera, si se comía como si fuera parte de un banquete siempre llenaba. Que el búho a veces no podía con el conejo.

Pendejadas, pensé.

Camino a la línea, Leah no paraba de hablar del Profeta. Así le empezó a decir. Se imaginaba que venía de algún otro lugar para predicar no sabía qué; el fin del mundo, un asalto a la línea, la revancha de los de abajo. Cuando le pregunté porque pensaba esas cosas me contestó:

¿No lo viste, güey? ¡Obvio que es un Profeta para el final del mundo! Es un santo de la desesperación.

Supe allí que quería entrevistarle para su blog.

Tenía un despacho al cruzar la calle de la garita, una oficina cerca de la estación de autobuses y al lado de una casa de cambio. Desde la ventana veía a la gente que cruzaba del otro lado. A veces escribía de lo que veía por su ventana, las entradas y salidas de los aduanas, los carros que cruzaban, la gente que esperaba en la línea. Otras veces subía entrevistas con gente que conocía: el señor Euclides, un dominicano que vivía al lado del desierto —¿por qué? Le preguntó y contestó, Porque en el desierto se puede imaginar todo—; la señora Toña que trabajaba en una floristería y componía versos para Quinceañeras y para difuntos; Gregorio, un joven coyote que conocía ciertas rutas para cruzar la línea; Lidia, una chica que bailaba en la Casona Night Club; Don Manuel que pintaba exvotos a cualquier santo que se le pidiera, oficiales y no oficiales, desde la Virgen de Guadalupe a la Santa Muerte. Muchas veces escribía las historias de fantasmas que algunas personas le contaban.

Una era sobre la noche que llegó el diablo al Waikiki, un club de baile que estuvo en el centro en los '50. Según la historia llegó una noche al Waikiki un chavo

vestido muy elegante al club. Sacó a bailar a una chica y los dos estaban espectaculares, como John Travolta bailando con Karen Lynn Gorney en *Fiebre de sábado por la noche*. Poco antes de la medianoche subió otro grupo al escenario para tocar y justo a la hora entraron con una rola fuerte y gruesa. El chavo misterioso enloqueció y sus movimientos se volvieron más esquizofrénicos. En un momento empezó a saltar y cuando tocaba tierra salían relámpagos. Los demás se empezaron a espantar y algunos salieron corriendo. La pareja del chico empezó a gritar y el chico le agarró por la cintura pero ella se pudo escapar antes de que el desapareciera de la pista. Por casi un año bajo mucho el público en los centros nocturnos y no fue hasta que los dueños de los clubes bajaron demasiado el costo de las entradas y las bebidas que la vida nocturna se recuperó. Pero no completamente, según Leah, cuando estuvimos parados frente al edificio donde antes estuvo el Waikiki. Ahora había una floristería que especializaba en coronas para funerales. Me dijo que en el patio, donde antes estuvo la pista de baile, todavía se podían ver manchas negras.

En camino por el desierto hacia Algodones le pregunté qué pretendía con contar estas historias de fantasmas. ¿Quería asustar a la gente? ¿Quería añadir a la historia de violencia que tenía la línea?

Me miró un rato y me contestó: Todas estas historias son necesarias. Es tan fácil olvidarse cuando uno está en un desierto. Luego volvió a mirar afuera.

¿Qué dice una persona sin cara? ¿Todavía es una persona? Miraba a la cara del Profeta, envuelta en vendas manchadas de un color verdusca.

Un día después de meterlo a casa, llamé al señor Euclides. Salió del desierto en una bicicleta conectada a un tráiler pequeño. Allí llevaba algunos botes, frascos y latas de aluminio que recogía de los caminos. En una canasta que tenía en su bicicleta cargaba una mochila vieja y gastada. Entró a mi casa y le tomó un rato acostumbrarse a la oscuridad. Ya listo le llevé a ver al Profeta. Me pidió que le dejara sólo con él y salí al porche. Cuando me llamó a pasar vi que había envuelto la cara del Profeta. Me recordaba a la momia así, con las vendas manchadas por alguna crema o líquido que el señor Euclides le había untado. Oía a eucalipto y al desierto.

Cuando conocí al señor Euclides me dio unas cápsulas para tomar. Tres por día. Le pregunté qué eran y me contestó: Para ayudarte con tu lengua. Me explicó que los que nacieron con dos idiomas tenían dos lenguas. A veces una resultaba más débil que la otra. Por falta de práctica, me dijo. Luego me explicó que las cápsulas ayudarían que mi otra lengua, la lengua de mis padres, se volviera más fuerte. Quise ofenderme pero me acordé de las muchas veces que mis primos en el otro lado se burlaban de mi castellano pocho, cortado y mezclado con el inglés que siempre usaba en California.

Le pregunté qué contenían. Me dijo que varias cosas, entre ellas, un polvo de víbora de cascabel. Cuando reaccioné con asombro, me explicó que las personas que nacían con dos idiomas encima tenían una lengua bífida.

Al despedirse esperaba que me preguntara por Leah. Mas no lo hizo. Me escrutinio un rato y luego sacó un frasquito de su mochila.

Ron. Me dijo. Ron para la tristeza.

Hay una foto en donde estamos Leah y yo en una fiesta que organizó Javier en la discoteca en Mexicali que dirigía. Estamos en la sección VIP. Llevo una corona de plástico. Ella una tiara. Los dos tomamos un chupito de tequila. Ni sabíamos por qué era la fiesta, pero no nos importaba. Acordamos en ese momento que festejaríamos porque Leah consiguió una entrevista con el Profeta y ya la tenía lista. Pensaba pulirla y subirla al blog en unos días.

Obtener una cita con el Profeta no fue tarea fácil. Con sus primeros intentos siempre se le ponía enfrente alguno. Muchas veces le pedían que hablara no con el Profeta sino con el que llamaban el Escribano. El Profeta estaba ocupado. No tenía tiempo para contestar a una entrevista. Sus intereses no tenían que ver con la vida mundana, lo suyo era existencial.

Leah no dejó de insistir hasta que finalmente logró encontrar solo al Profeta. Conocía el blog y le dijo que estaría encantado hablar con ella. Pero lo tendrían que hacer a escondidas. Que había algunos miembros de su grupo de fieles que lo querían mantener separado del mundo. Se citaron en un café Chino que conocía cerca de la catedral.

Más tarde en la fiesta Javier se me acercó y me dijo que se notaba que los dos nos llevábamos bien. Estaba medio borracho con los tequilas y la cerveza y sólo pude asentir con la cabeza.

Me parece genial, dijo y me puso una mano sobre el hombro. Pero te advierto de algo: no te enamores de Leah.

Al recuperar la voz le contesté: ¿Cómo crees? No vine acá para enamorarme.

Más te vale, cabrón. Me dijo y se fue.

De regreso al otro lado le pregunté a Leah si tenía algo con Javier. Me respondió con una carcajada. ¿Cómo puedes pensar eso?

Es que...no sé. Nada. No es nada.

Me miró un rato y me dijo: Bobo, no entiendes nada. Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Luego me abrazó y así llegamos los dos a la garita. El guardián nos puso la linterna y luego miró adentro del carro. Inspeccionó nuestros pasaportes y nos sonrió cuando Leah le dio una mirada de que se apurara porque nosotros teníamos planes.

Mientras me besaba y me quitaba la camisa en mi habitación me preguntó: Dime la verdad. ¿Por qué viniste a la línea?

Primero, tú, le contesté mientras le bajaba la cremallera del vestido.

Después.

Se fue por la mañana para su casa. Tenía que hacer unos quehaceres y quería trabajar un rato sobre la entrevista con el Profeta. Se despidió con un beso largo y salió a una mañana caliente y de mucha luz. Antes de cerrar la puerta, le vi con el resplandor a sus espaldas, un halo de luz que se filtraba por su largo cabello rubio. Era como la primera vez. Me mandó un beso de aire y cerró la puerta.

Me di cuenta después que se le había olvidado la libreta.

Me llegó su último mensaje a las pocas horas. El Profeta quería hablar con ella, pero él no le contactó sino fue el Escribano. Como sabía que tenía un trabajo por terminar decidió ir sola. Me mandó el texto de la entrevista y me pidió que lo revisara y que si me gustaba que lo colgara en el blog. Luego me dijo que me llamaría por la tarde. No me dio ningún motivo de alarma y pensé contestarle que lo revisaríamos juntos.

No me llamó por la tarde. Ni a la mañana siguiente. Llamé a su móvil y nadie contestó. Llamé a Javier y me dijo su hermano que salió esa mañana para la ciudad de México y de allí se iba a Madrid. Intenté llamarle a Leah por tres días, al tercer día el número ya ni marcaba.

Al cuarto día empecé a esperar en Skype.

El Profeta me llegó casi una semana después.

En la nota admitió que se llamaba Gamaliel. Era de Sinaloa. No le gustaba que le llamaran Profeta. Trabajó como ilegal en el otro lado por unos años. Jaló en la

agrícola pero también en obras de construcción. Conocía Kansas City, St. Louis y Chicago. También conocía California, trabajó allí en la pisca de fresa, de ajo, de cebolla y de kiwi. En una redada de la migra fue agarrado y deportado a México, pero antes lo golpearon en un centro de retención. La razón fue porque se quejó de los malos tratos que los guardianes daban a un chico oaxaqueño. Los guardianes dejaron de insultar al chico y se brincaron encima de Gamaliel con macanas. En su pueblo cerca del mar la recuperación fue dolorosa. Empezó a tener visiones del final del mundo. Una tarde empezó a caminar hacia el norte. Atravesó el desierto del Altar, muchas veces caminaba por la tarde y la noche para evitar el calor. Cuando salió del desierto, con su barba larga, su piel quemado y su ropa sucia y desbaratada, la gente se le empezó a acercar. Pronto tuvo un grupo de seguidores. No sabía si quería cruzar la línea aunque eso era lo que se esperaba de él. Su grupo insistía que él los llevaría al otro lado. No estaba seguro de eso.

Nadie los miraría al cruzar. Así tituló la nota.

Miraba al Profeta. No sabía si logró ver a Leah ese día que desapareció. Me imaginaba que no. Me imaginaba que algo terrible le habría pasado. No quise pensar en eso. Quería pensar que se fue con Javier a Madrid. O que se fue a algún otro lugar. Que quizá lo nuestro le espantó porque no le gustaba la idea de estar conectada a alguien. Que encontró otro lugar con historias ocultas que se necesitaban sacar a la luz del día.

Pensaba en esto cuando sentí que me miraba el Profeta. Vi que estaba despierto y que lloraba.

Me dijeron que al morir serviré como símbolo mejor, me dijo.

Luego me preguntó con una voz seca y que me hacía pensar que en cualquier momento empezaría a escupir arena: ¿Y por qué viniste tú a la línea?

Le miré un rato. Finalmente le contesté: Porque pensaba que se terminaba el mundo y que necesitaba estar cerca de mi gente.

Gamaliel puso una mano débil encima de mi brazo. Yo también, me dijo. Y luego cerró los ojos.

Supe entonces que no se iba a morir. Que se iba a recuperar en mi casa y que alguna tarde le ayudaría regresar al otro lado y que le llevaría a la estación de autobuses para que comprara un billete para volver a su pueblo. Supe que antes de subirse al autobús se me quedaría mirando mucho tiempo antes de subirse. Supe que buscaría algo para decir de ella, pero que las palabras no le llegarían. Supe que al final se despediría con tristeza.

Supe entonces que el mundo no terminaba y si se me preguntara qué hice cuando me di cuenta de que el mundo seguiría, contestaría: Salí afuera.

Estoy condenado a recordar a un hombre con la cara destruida; no porque recordaba cómo era antes, o porque alguna vez me miró directamente, ni tanto porque imaginaba cómo era debajo de esa geografía de cicatrices, sino porque él era mi último contacto con Leah. El Profeta en su momento de caída fue el hilo conductor que me llevaba a unir mis recuerdos de Leah, la chica que una tarde salió de mi casa y desapareció en el aire del desierto.

NO ONE WOULD SEE THEM CROSS

“...in the emptiness of deserts you are always surrounded by lost history”

Michael Ondaatje

NOW I CAN TELL THE STORY OF THE MAN WITH THE DESTROYED FACE.

It was the years of omens: storms that devastated cities, heat waves that surpassed all predictions; earthquakes that devoured entire regions, mass die-offs of fish and birds. Global climate change produced killer storms. There was a video of massive cargo trucks being tossed by powerful winds. Twenty-three members of a religious sect immolated themselves in front of a Mayan temple in the jungle. Three months later, fifteen members of a cult drank cyanide-laced water while sitting in a park beside the Bosphorous. A man in Badajoz, Spain, crossed over into Portugal and massacred close to fifty people who were enjoying an afternoon in Estremoz. Millions took to the streets to protest their governments. There was a global economic collapse. Premonitions. Portents of doom. Omens that predicted the end.

Here, from my house at the border, I watched it all. This falling apart: this arrival of the end.

None of this mattered to me anymore.

These dispatches from the end of the world no longer held my interest: I only waited for one sign. A message that would tell me that everything was going to be fine. I spent hours in front of the computer, obsessively checking my email. I got nothing. In my inbox there was only the final note from Leah.

Every afternoon I sat down in wait until that evening I heard the thump in the backyard and I found the body lying on the brown grass.

Leah was also keeping a scrapbook of the end. She saved news pieces from around the world and later printed them onto sheets of paper that she would cut up and glue into her notebook.

For a woman who keeps an active blog and spends most of her life online, I'm surprised you carry around a journal with clippings from the news. I once told her as we were having coffee while she carefully arranged her news bits.

She gave me a hard look that told me I would never understand.

The notebook remained behind, for a while I kept it on my desk where I would occasionally flip through the clippings.

There were reports of strange lights in the sky. Some claimed they saw angels. Others perceived the apparition of the Virgin Mary. In Cairo there were reports of heavenly lights dancing around one of the Coptic churches. In Mexico City a water leak in the historic center left a stain on the pavement that many swore looked like the Virgin of Guadalupe.

Prophets appeared everywhere. Some presented themselves as the Messiah. There was a guy in Tijuana who after being released from prison returned to his barrio and began to preach on the street. Another, in Juárez, dreamed he was a king and, protected by a mariachi whom he envisioned as his bodyguard and historian, began a war against rival drug gangs in control of the plaza. On the island of Patmos there arrived a singer who, after passing the Cave of the Apocalypse, declared he had seen a

vision of the end and began to write letters to politicians, religious leaders, and celebrities.

Amongst this group of prophets who claimed to know the destiny of the world came our own border prophet. No one knew his name and some called him el Brujo, the Teacher, G —because there were a few who claimed to have heard that his name was Gamaliel—, or more commonly, el Profeta.

Saints always appear in moments of crisis, my boy Javier told me while we drank beer in a taquería in Mexicali. I remember this comment, like I remember too many things. But I remember this one particularly because soon after Leah walked in through the door.

The house was silent and I strained to hear a sound from the ruined body in the room across the hall. Up to then I only knew him as El Profeta, and it was only after reading Leah's blog draft that I learned his true name. She had sent me the post to review before crossing over to the other side of la línea, the border. She asked me to look it over and then upload it to the server.

I had yet to post it.

After three days of walking around the house I set up a chair near the unconscious body. I didn't know if he could hear me. I decided then to tell him the story of my fall, of where I was when the end of the world began.

I leaned in close and said: For me, my fall began with a departure.

How obvious, Leah responded when I told her the same thing. Every story begins with a departure. It's a part of the trope of the search. Luke Skywalker goes out to find his destiny and he meets his father. Tom Cruise dances in his underwear and he finds Scientology. Obvio.

I leaned in again to the body and said: It was a crossing. My story begins when my family crossed the border without papers.

They crossed in a borrowed car. When they got to the border, they told the guard they were going to hang out in El Centro, that my moms, seven months pregnant, was craving ice cream. The guard didn't even bother to check them out; he let them cross. From Calexico they took highway 86 north.

If it wasn't for the fact that they left in the morning, before arriving to Brawley my jefe would have made the typical joke about taking this shortcut he knew. It wasn't really. It was just this road that was known in the area to be haunted. If some unfortunate desgraciado found themselves on that street at night, a woman was said to appear by the side of the road. If the person stopped, it was said that this skeleton would open the door. If they didn't, and if they looked in their rear view mirror, the skeleton woman would be sitting in the back seat. That story scared the shit out of my siblings and me, and every time we passed that road we would shut our eyes tight.

After passing Brawley they continued north and into the desert of the Imperial Valley. A few miles into the desert they would be stopped by the second border patrol checkpoint. My jefe explained to the agent that they were headed to Indio for a family reunion. Again the agent decided not to inspect their car and let them continue. They drove on through the valley, with the mountains and the desert to their left and the Salton Sea to their right. Near Indio they stopped for gas.

I stopped talking to el Profeta at this point. I didn't tell him why my parents left Mexicali. I didn't tell him why moms didn't turn her head when they crossed the border into California.

One evening, when we were seated on the porch, I told Leah the story. My folks abandoned Mexico and moms did not look back. She just looked forward, even in the desert where she was blinded by the vastness, the solitude, the sand, and the empty horizon. In the distance she saw the thin blue line of the Salton Sea. As they drove past she looked out over its waters. When they stopped, moms got out of the car to sit in the shade of a palm tree. The words of my grandmother, her mother-in-law, remained in her head.

Váyanse. Váyanse lejos. Go. Go far.

One of my pop's sisters, his oldest, hated my jefa. She tried everything to break up my parents. My abuela did all she could to protect my jefa until finally she told my pops that they had to leave Mexicali. She told him to take moms far north beyond la línea so that maybe over there his sister's evil could not touch them.

Váyanse. Váyanse lejos. My grandmother told my mother sadly, her tired eyes looking intently at moms. And remember not to look back. Never look back.

Sitting in the shade of the palm tree my jefa looked in the direction of Mexicali and saw a large cloud of dust. The wind began to pick up. My jefe saw the coming sandstorm and ran for my jefa. There was no time to make it into the gas station. He covered her as best he could.

My mother later told me that she opened her eyes and saw someone walking out of the station: a little girl in white. She approached my parents undisturbed by the wind and the sand. Then she looked south and raised her arms. Moms closed her eyes and then felt the wind subsiding. When she opened her eyes, the child was gone and the sky was blue.

I know that wind, Leah said, looking up at the sky. It has a lot of names. In the Canary Islands they call it the *Calima*, it's a wind that blows off the Sahara and brings with it massive quantities of sand that it drags over the ocean until it hits the islands. When the storm arrives, the Canarios have to close themselves off in their homes and make sure that all the windows and shutters are sealed shut. In Iraq this wind is called the *Shamal*. In Egypt, *Simoom*. In Arizona they use an Arabic word to name the sandstorms, *Haboob*. There are so many names for these winds that carry dust and sand. There are other winds that carry not dust but sickness and death, like the *Diablo* winds that blow through the San Francisco bay area, the *Mistral* in the south of France, and the *Zonda* in Argentina. Once, when I was out in the Altar desert I saw one of those winds. It looked like a giant hand that was scooping up sand and throwing it to the sky. That wind was trying to hide something, I thought at the time.

I left the room where el Profeta was laying and went out to the porch to sit a while. My house was across from a field. It was growing dark. Pretty soon the crossings would begin. Even though the tightened security had lowered the numbers greatly, I knew where they would come through and which way they were headed.

North. Always north. Some would not even look back.

My jefa had to leave the línea behind. But she knew, just like we did, that the border can never be left behind. Even though we were born far from it, my sister and I carried it inside us. The people who crossed at night also carried it with them. They took it north with them, to the meatpacking plants in Indiana, the constructions sites in Boston, the garlic fields of Gilroy and the apple orchards of the Yakima Valley. La línea traveled with them: it was the invisible tattoo that marked them.

The night everything changed was the night I heard the thud in the backyard. I was logged into Skype and when I heard the sound I thought it was nothing more than

a group using my yard as an escape route. I walked to the kitchen and looked out the window. In the fading light I saw the body lying on the ground. Though my first instinct was to call someone, I went outside. He was lying on his back, bleeding from his head and I could see that he had been beaten. He was still alive, breathing heavily, but alive. I half-dragged him inside and left him on the bed while I went to get a towel to clean off some of the blood. My thought was that he was a victim of some cartel or gang. After I cleaned his face I realized who he was.

So what happened to your tía? Leah asked me one evening.

She died when I was five. I responded.

It was the night my sister was born. While my jefa was in the hospital with labor pains, alarms began to go off about the approach of a severe storm. Strong winds were forecast, as well as potential blackouts. A nurse who stepped outside for a smoke told of a massive black cloud that swept in over the southern mountains. In the moment that my sister was born the storm dissipated as quickly as it had begun.

In Mexicali my aunt began to cough up water and drown. Then she vomited sand and died. In her room, my grandmother died soon after.

With the death of this tía, our exile from Mexicali and la línea was over. From then until I was sixteen, I spent every summer in Mexicali. And even though it was fucking hot, it didn't bother me. I had mad fun hanging with my cousins in the summer. And while some of the kids in the hood never stopped teasing me for my busted up Spanish, I still made a lot of friends. When I started working up north I stopped coming to Mexicali. It was only until after I met you that I decided to stay.

She looked at me. Then she turned away and said that she had to go.

Maybe that was the beginning of my end. That was what marked my fall: my return to la línea and the arrival of Leah.

We met one afternoon in Mi Taco Tote. I was with my boy Javier sitting at a table drinking cold Tecate. Outside the large window we watched a man walking through the park who looked like Jesús Malverde, the Narco Saint. Javier stared at him for a moment then commented that saints always appear in moments of crisis. A few minutes later Leah joined us. She came in through the door and into the dimly lit place. In that moment she was briefly caught up in a halo of light from the outside.

Look, Javier said. Here comes our cronista of border ghosts.

She had a blog called the Secret History of the Border. Even though she wanted to include posts about the border from Matamoros to Tijuana, she really only focused on Mexicali.

Here in this part of la línea we're always surrounded by lost and forgotten histories. She explained.

Later, while we waited to cross over to Calexico, she asked me to tell her a ghost story.

I began to tell her about the street in Brawley.

Oldie, she cut me off. Oldie. I already know that one. I posted it centuries ago. I don't think you're going to be a useful informant. I'll have to find some other use for you.

In the brief time we were together I could never get much of her story. There were a few bits of info that I got from Javier, stuff that I added to what little I got from her. Originally from Iowa, she moved to California in high school. She never told me why she moved. I also never found out how she ended up in Calexico. There was a lot

of speculation of course. In some versions she came to Calexico because she was married—or she had a boyfriend—from here and when the relationship ended—the husband died, the boyfriend was killed in an accident—, she remained. Some thought that she was protected by a capo who didn't want her to leave. Others affirmed that she was in Witness Protection.

Speculations there were many, but none completely rang true other than the fact that she was here on the border and she didn't want to talk about the past.

I once asked her why she ended up in Calexico. All of us who come to the border have something to hide, she answered.

Why did you come back? What's your story? She asked.

I came back because a cousin was getting married, I responded. This was my standard response.

But that was only a partial reason. I could tell that Leah wasn't satisfied, but she knew that I wasn't going to say any more. So we agreed to keep our secrets to each other.

It was Leah who pointed out el Profeta. We were walking out of the dulcerías on Juan Aldama when she stopped on the corner near the park. There was a tall thin man standing in the middle of the group. We moved closer to them.

El Profeta said nothing. He stood in the middle of the group looking skyward. He had a long, unkempt beard and he was sunburned. He looked like he had just walked out of the desert; his clothes were loose and dirty. Everyone in the group just stared, waiting for him to speak.

Then he lowered his gaze and started to talk. Though it was hard to hear what he was saying, his voice reminded me of water passing over rocks, of a small stream in the desert, of the sound of a drying rivulet that would fade off into silence. There was a man at his side writing down everything he said.

From what I could hear, he said that the border was there to cross. That he dreamt of a garden that had no wall. That a meal, no matter how miserable it was, if it was eaten as if it was from a banquet it would always fill you up. That the owl at times could not compete against the rabbit.

Pendejadas, I thought.

Walking back to the border, Leah could not stop talking about el Profeta. That's what she started calling him. She imagined that he wandered from far away to preach something: the end of the world, an attack on the border, the revenge of los de abajo.

When I asked her why she thought that, she responded: Didn't you hear him, güey? He is so obviously a prophet of doom, or a prophet for those who despair. He is the saint of the oppressed.

I knew then that she wanted to interview him for her blog.

She had an office downtown. It was right across from the border crossing, the bus station, and above a casa de cambio. From her window she could see the people coming through the checkpoint out into the small plaza. Sometimes she would write about what she saw from her window: the comings and goings of the border agents, the cars that were crossing, and the people coming out into the light after passing through inspection. Other times she would post interviews with people she met: Euclides, a Dominican curandero who lived near the Algodones dunes—when she asked him why, he responded “In the desert you can imagine everything”—; Gregorio, a young Coyote who knew certain routes for crossing the border; Lydia, an exotic dancer who worked over in La Casona Night Club; don Manuel who painted ex-votos to whichever saint—

official or unofficial— he was hired for, from the Virgen de Guadalupe to la Santa Muerte. Mostly though, she posted the ghost stories that she would collect in her walks.

There was this one story about the night the devil danced at the Waikiki, a nightclub over in Mexicali that was popular in the 1950's. According to the story, the devil appeared as a handsome stranger who showed up one night to the club. He chose this one woman and took her out onto the dance floor. He was a spectacular dancer. Everyone else moved out of the way. Close to midnight, there was a band change. When they burst into this intense number, the handsome stranger went wild. He started to jump around and whenever he touched the floor sparks would shoot out. He held on to the girl but she managed to escape his grasp right before he disappeared in a shower of sparks. The crowd tore for the exit. For months the nightclubs in downtown Mexicali were empty. The owners had to lower entry fees and discount bar drinks before things picked up again. But they never completely recovered, according to Leah, who told me the story while we stood in front of where the Waikiki used to be. It was now a flower shop that specialized in funerals. She told me that in the interior patio, where the dance floor was, that you could still see black marks on the ground where the devil's feet had stomped.

I asked her what she hoped to accomplish by telling all these stories, especially the ones about ghosts. Did she want to scare people? Did she want to add to the mythology of the border as a dangerous place?

She looked at me a long while before responding. All these stories are necessary. They're so very easy to forget when you're living in a desert.

A day after finding el Profeta, I called Euclides. He rode in from the desert on his bike with a small trailer for his things. I led him to el Profeta's room. He asked me to leave him alone and I walked outside. When he called me back I saw that he had wrapped the face of el Profeta in cloth bandages. He reminded me of some sort of mummy from old movies, with his face wrapped in bandages darkly stained due to some cream that Euclides had used. He smelled of eucalyptus and desert mud.

When I first met Euclides, he gave me some capsules to drink. Three times a day, for a week. I asked him what they were for and he responded: To help you with your tongue.

He described how those who were born with two languages were born with two tongues. Sometimes one was weaker than the other. Due, mostly, to lack of practice, he said. Then he explained that the capsules would help my other tongue, the language of my parents, become stronger.

What's inside?

Some cositas. A little this, a little that. Snake powder, mostly.

After he finished with el Profeta, I waited for him to ask me about Leah. Standing on the porch he looked at me a long while and then reached into his backpack and pulled out a small bottle.

Rum. He told me. Rum for sadness.

There's a photo of Leah and me at a party that was organized by Javier over in the nightclub that he managed. She and I are in the VIP section. I'm wearing a plastic crown, and she has on a tiara. We both hold shot glasses of tequila. We had no idea what the party was for, but we also didn't care. We celebrated the fact that Leah had managed to get an interview with el Profeta. She was planning on editing it and posting it to the blog in the next few days.

Getting the interview had not been easy. Each time she tried to approach him, someone would always stand in her way. Many times she was asked to speak with the one they called the Scribe and not el Profeta. El Profeta was busy. He didn't have time for an interview. His interests did not lie in this world, his thoughts dealt with more profound issues.

Leah continued to insist until she was able to find el Profeta alone. He knew the blog and told her that he would be happy to talk. But they would have to do it in secret because a few members in his group wanted to keep him apart from the world.

During the party Javier came up to me and noted that Leah and I were really close.

I think it's great. He said as he placed a hand on my shoulder. But I have to warn you, don't fall in love with her.

What the fuck are you talking about? I didn't come here for that.

That's good, cabrón. Good. Remember that.

As we were waiting to cross the border I asked Leah if she had something with Javier.

How can you think that? She laughed.

It's just...nothing. No, it's nothing. Nada.

Bobo, she said, you don't understand anything. She leaned over and gave me a kiss on the cheek. Then she put her arm around me and we drove up to the border agent. He shined a flashlight in our faces while he looked inside the car. He checked out our passports and smiled when Leah gave him a look that said hurry up, we've got plans.

Tell me the truth, why did you come to the border? She asked while kissing me and unbuttoning my shirt.

You first, I responded while I lowered the zipper on her dress.

Later.

She left in the morning. She wanted to take care of some work at the office. She said goodbye with a long kiss and walked out of the house into a bright and hot morning. I saw her in the morning glow, a halo of light around her long blonde hair. She blew me a kiss and closed the door.

After she was gone I saw that she forgot her notebook.

Her final message came a few hours later. El Profeta wanted to meet. It was the Scribe who contacted her. Since she knew I was busy she decided to go to the meeting alone. She sent me the interview and asked me to check it and post it on-line. Then she told me that she would call me that night.

There was no phone call. Not even the next morning. I called her phone and there was no response. I called Javier and his brother answered. Javier had left that morning for Mexico City and from there he was off to Madrid. I called Leah's phone for three days. No response.

On the fourth day I tried to contact her via Skype.

El Profeta fell into my yard a week later.

In the interview he admitted that his name was Gamaliel. He was from Sinaloa. He didn't like being called Profeta. He had been to this side of the border before; he had worked without papers for a few years in agriculture and in construction. He had been to Kansas City, St. Louis, and Chicago. He also knew California, where he had worked picking strawberries, garlic, onions, and kiwis. He was caught in a border patrol raid. In one of the deportation centers he was beaten after he complained about the

treatment a young Oaxacan was receiving by some agents. They came after him with their batons raised. He was returned to Mexico. It took him a long time to recover from the beating. He was in his parents' home near the coast. He began to have visions of the end of the world. One morning he started to walk north. He walked across the Altar desert, traveling mostly in the late afternoon and evening. When he came out of the desert, with his long beard and hair, his skin burned, and his clothes dirty and worn, the homeless began to approach him. He soon had a group of followers. He wasn't sure whether to cross the border or not, though that was what his followers expected. He who had walked across the desert would lead them across without being seen, they claimed.

No one would see them cross, she titled the post.

I sat beside el Profeta. I knew he had not seen Leah on the day she disappeared. I imagined that something terrible had happened to her. I didn't want to think about it. I wanted to believe that she had left with Javier and that the two were in Madrid. Or maybe she went somewhere else. Maybe she felt that our one night together was too much, or perhaps she found another place that had a secret history that needed to be brought out.

I was thinking about all this when I felt that el Profeta was looking at me. His eyes were open through the bandages and I could see that they were tearing up.

They told me that by dying I would become a better symbol. He whispered.

Why did you come to the border? He then asked me in a dry, raspy voice that made me think that at any moment he would start spitting sand.

Because I believed the world was ending and that I needed to be near my people. I responded.

Gamiel reached out weakly and touched my arm. Me too, he said. He then closed his eyes.

I knew then that he was not going to die. That he was going to recover in my house and that one afternoon I would take him back across the border and to the bus station where I would buy him a ticket back to his home. That he would look at me a long time before getting onto the bus. That he would search for something to say about her, but the words would not come. That he would finally smile sadly and wave as the bus pulled away.

I knew too that the world was not going to end and if anyone asked me what I did once I realized this, I would respond: I walked outside.

I will always remember this man with a half-destroyed face. Not because I remember how he was before, nor because he once led a group of men who believed him a prophet. And not even because I once tried to imagine what remained of him beneath that geography of scars. No. I'm fated to remember him because he was my last contact with her. It was in his fall that he became the thread that allowed me bring together my memories of Leah, that woman who one morning walked out of my house and evaporated into the desert air.

Copyright ©2013 por Santiago Vaquera Vázquez